

EL MARISCAL roberto hozven

un
modesto homenaje a
MYTHOLOGIE de Roland Barthes

La macha, el piure y la cholgua; todo esto nos habla de carne, de sangre y de médula en la boca. Ahogados en un precipitado de ulte, cebolla y ají semejan náufra-
gos extraídos del mar y presentados en la tranquila
cotidianidad del plato. La tersura tirante de la carne
de la macha contrasta con el sanguinolento cuerpo yo-
dado del piure y con la lechosa pasta gelatinosa de la
cholgua. Son las diversas sustancias de la carne entre-
gadas por complementación sensoria y cromática: rosa-
carnal de la macha, rojo-sangre del piure y blancuzco
medular de la cholgua. Con su ingestión anexamos el
reconstituyente orgánico substancial para nuestras hor-
monas transnochadas. Esta barroca combinación de ma-
riscos opera con un poder demiúrgico que trasciende
su mera connotación sexual para alcanzar el status an-
gular de un mito compensatorio a tres niveles.

Su humedad marina se prolonga a la manera de un
humus que fertiliza míticamente el reproche disimulado
de que se acusa al trabajo intelectual: "esa árida y seca
actividad..." El mariscal funciona como el eslabón

inconsciente que nos devuelve esa "materia prima" que
nuestra sociedad, de modo permanente, escamotea a los
que trabajan intelectualmente. El Paraíso Perdido de lo
Concreto, de lo Natural, que es reconquistado por el
simple contacto sugestivo de este plato de extracción
popular.

Recordemos la mise en scène particular que rodea y
sitúa al mariscal: se ingiere en el Mercado. Lugar de
confluencia abigarrado de todos los estamentos sociales,
donde alternan momentánea e indistintamente burgués-
comprador y proletario-expendedor, obreros, estudiantes
y pordioseros. Miembros sociales que se filtran por
complicidad de ilusoria contigüidad espacial en la uni-
dad de nuestro plato, vienen a constituir un verdadero
condimento que le proporcionan un 'particular sabor'
(en efecto, es de conocimiento general que este plato
'no goza de un mismo sabor' consumido en un restau-
rante... El mariscal es el vaso comunicante secreto por
el cual deglutimos lo popular. Abstractos por el ejercicio
de una práctica cultural nos asimilamos al pueblo por
la vía oral.

Al cromatismo carnívoro ya eseñado (el de la macha,
el piure y la cholgua) se suma un cromatismo vegetal:
el ulte, alga de color verde; la cebolla, planta hortense
de color blanco y el ají, planta herbácea utilizada en
su variedad rojo, complementan —trozadas en disminu-
tas porciones— la imagen heterogénea y similar de dos
reinos: el animal y el vegetal.

Al consumir el mariscal *masticamos* las sustancias
sangrantes de la carne y *sorbemos* el proceso de foto-
síntesis que hace posible la existencia de los vegetales.

El mariscal: medium religante de nuestra existencia
abstracta con la plenitud marina y sensoria de lo car-
nal y de lo vegetal.

